

Konrado Mugertza Urkidi *

“FLORENCIO Constantineau”, “nacido en Ortuella (Gipuzkoa)”, “originario de Algorta”, “tras su debut absoluto en Montevideo, hizo su presentación en Nueva Orleans con *Otello* y después se trasladaría a Europa”, “construyó en Bragado un teatro de ópera réplica de la Scala de Milán”, “cantando *Il Barbiere di Siviglia* mató con su espada al bajo”, “no paraba de cantar y le tuvieron que poner una camisa de fuerza en el escenario”, “cantó el aria de *La Gioconda* en la cima del Popocatepetl y una brisa helada le destruyó la voz”...

No se escandalice quien se haya aventurado en la lectura de estas líneas por las evidentes erratas o contradicciones que el texto precedente contiene. La citas entrecorridas exhiben además datos falsos sobre la vida de Constantino que pueden pasar desapercibidos a la mayoría. De hecho, como si de ruinas envueltas en el misterio se tratara, la historia del tenor ha devenido en un relato fragmentario con tintes de leyenda, plagado de errores y exageraciones y, sobre todo, impregnada de olvido.

Florencio Constantino Carral, nacido en Bilbao en 1868 y muerto en México en 1919 a la edad de 51 años, fue un tenor de la élite de la ópera en las dos primeras décadas del siglo XX. Brilló con intensidad en el firmamento lírico junto a Enrico Caruso, Luisa Tetrazzini, Alessandro Bonci, Regina Pacini, Riccardo Stracciari, María Barrientos, Titta Ruffo, Nelli Melba, Feodor Chaliapin, Alice Nielsen, José Mardones, entre otras estrellas. Abundantes retratos, crónicas y grabaciones sonoras atestiguan la grandeza de un bilbaino que fue aclamado en los principales coliseos del mundo y agasajado por reyes, y que sin embargo a día de hoy es preciso recuperar para nuestra memoria.

Siempre vasco y bilbaino

Bilbao y Ortuella se han disputado la titularidad de la cuna del ilustre tenor. Aplicando el sabio aforismo local de que los de Bilbao nacen donde quieren, Constantino es un ortuellano que, sin embargo, nació en Bilbao. La fe de bautismo emitida en la iglesia de San Vicente de Abando el mismo día del nacimiento del niño ya reforzaba la teoría “bilbaina” de su origen; la constancia documental de que en 1876, cuando con diez meses de edad fallecía su hermanita Teresa, los Constantino vivían en el número 29 de la calle San Francisco, despeja las dudas. Un año después la familia trasladó su residencia a Ortuella. Lógicamente, los recuerdos de juventud de Constantino le remiten al pueblo minero y en las referencias biográficas se confunden Bilbao y Ortuella como lugar de origen.

En el año 1900 regresó por vez primera a su Vasconia natal, precedido de crónicas elogiosas. En 1903 construyó Villa Luisa, una elegante residencia algortea que frecuentó los veranos de la primera década del siglo. En sus estancias en Bilbao participó en los solemnes actos de la coronación de la Virgen de Begoña y en el recibimiento a la fragata Sarmiento. Asistía con regularidad a los toros, a cenas en los chacolés vizcaínos así como a multitud de celebraciones organizadas en su honor. Fue amigo, entre otros personajes ilustres, de Miguel de Unamuno, Aureliano Valle, los pintores hermanos Arrue, el torero Mazzantini, Ignacio Zuloaga, Ramiro de Maeztu o Eduardo Zamacois.

En 1911 estuvo por última vez en el País Vasco con motivo de la boda

La fundación Bilbao 700 y la editorial Muelle de Uribitarte Editores han publicado la biografía ‘Florencio Constantino. Ópera de gloria y olvido’

Florencio Constantino: el tenor bilbaino que rivalizó con Caruso



El tenor fotografiado en Bragado en 1913



Constantino como Duque de Mantua en *Rigoletto*

de una de sus hijas. Para entonces, su matrimonio se había resquebrajado. La distancia geográfica y temporal que su actividad le imponía y los no pocos amoríos a los que la vida artística –en su opinión– irremediablemente le abocaba debieron tener una influencia decisiva.

Dos décadas de brillante carrera

Florencio, a la edad de 21 años, emigró a Argentina con su novia Luisa Arrigorriaga Larrazabal, hija de Algorta. Atraídos por los cantos de sirena del Nuevo Mundo y huyendo de un largo servicio militar, instaurado tras la abolición foral, decidieron, como tantos jóvenes, embarcarse en la aventura americana. Llegaron a Buenos Aires y se instalaron en la ciudad pampera de Bragado, donde Florencio se empleó como trillador y donde nacieron sus cuatro hijos.

El joven impulsivo y rebelde que Constantino llevaba dentro lo empujaría a tomar parte activa en la Revolución del 93 y a protagonizar episodios cruentos que darían con su cuerpo en la cárcel. De manera simultánea, su afición a cantar y sus enormes facultades latentes empezaban a manifestarse en fiestas y celebraciones. Guiado por Francisco de Grandmontagne, uno de los fundadores de la revista argentina *La Vasconia*, logró el mecenazgo de un empresario cigarrero y comenzó sus estudios musicales en Buenos Aires, hasta que decidió trasladarse a Milán con toda su familia.

Milán fue para Constantino un tiempo de penalidades. Tuvo que recurrir a mil argucias, no todas confe-



En Constantino, el tenor romántico y el hombre aventurero se amalgaman en un único personaje de perfil novelesco

sables –según sus propias palabras–, para sobrevivir y hacer frente a su formación. Pero llegaron los primeros éxitos y comenzó una carrera imparable de triunfos por Italia, Holanda, Rusia, Polonia, Portugal... Cantó en el Teatro Real y Madrid descubrió al sucesor de Gayarre. Ese mismo año 1900 regresó por vez primera a Bilbao. Debutó en el Teatro Arriaga y cosechó un enorme éxito. El “Lohengrin del Nervión” –así lo apodó una revista bilbaina–, recibió el aplauso y el cariño de su público encarnando al Duque de Mantua de *Rigoletto* –el rol que más veces encarnaría en su vida– y al Enzo de *La Gioconda*, entre otros papeles; y su interpretación del *Genrikako Arbola* vistiendo una de las incontables boinas rojas que inundaron el escenario alcanzó el delirio.

Desde su debut absoluto en 1896, durante una década su carrera se fue consolidando en Argentina, Uruguay y Europa. Actuó en cinco temporadas en el País Vasco (1900-1904). A partir de 1906 su vida artística se desarrolló exclusivamente entre Estados Unidos y Sudamérica. Junto a Alice Nielsen, conformaron durante un lustro la pareja lírica de moda en los Estados Unidos. Sus representaciones de *La Bohème* resultaron antológicas y ambos fueron las

estrellas principales de la Ópera de Boston. Tras su paso por el Metropolitan neoyorkino, hasta la prensa italiana, tan celosa de Caruso, se rindió a su arte.

En 1912 construyó el Teatro Constantino en medio de la pampa, hecho que cariñosamente podría calificarse como una bilbainada propia del tenor. El magnífico templo lírico era su regalo a Bragado, el pueblo que lo acogió de joven inmigrante; pero fue también el fruto de cierta candidez y algo de vanidad por su parte. El teatro fue flor de un día y una auténtica ruina para Constantino, aunque cien años después pervive en lo esencial transformado en moderno centro cultural. A partir de 1912, a los problemas económicos, judiciales y sentimentales se añadieron las afecciones vocales. Todo

ello marcaría el inicio del declive de su carrera.

Lo tuvo todo y todo lo perdió

Constantino fue uno de los más grandes, pero al igual que otros, fue víctima de la densa sombra de Caruso; además, su espíritu independiente, su sinceridad y sus espontáneas declaraciones le granjearon, cuando menos, relaciones muy tensas con algunos empresarios poderosos y corruptos; recibió de la prensa los mayores elogios y, no pocas veces, un calculado desprecio; frecuentó en demasía los tribunales de justicia; sintió en sus carnes la ignominia de la cárcel y sufrió la ruina económica tras gozar de la riqueza.

En Constantino, el tenor romántico y el hombre aventurero se amalgaman en un único personaje de perfil novelesco. Lo tuvo todo y todo lo perdió: el amor, el dinero, la voz y, finalmente, la razón. En noviembre de 1919 consumía sus días en soledad en un lúgubre manicomio de Ciudad de México, donde fue enterrado. Luego la historia ahondaría la herida pasándole la injusta factura del olvido.

Pero el descanso eterno de su espíritu tuvo que esperar aún casi un siglo. A lo largo de ese tiempo sus restos recorrieron un increíble via crucis de doce estaciones. Finalmente, en noviembre de 2012, cubiertos por una ikurriña y una bandera argentina, fueron depositados en el mausoleo de su antiguo teatro y actual Centro Cultural Florencio Constantino de Bragado.

* Autor de *Florencio Constantino. Ópera de gloria y olvido*